

EXIGENCIAS DE LA RECONCILIACION.

La nota más insistente en el mensaje de Juan Pablo II a los chilenos, fué su llamado a la reconciliación.

Pasada la euforia de la visita, que tanto entusiasmo suscitó, nuestro primer deber es preguntarnos qué debemos hacer para responder a ese llamado. Las solemnes expresiones de adhesión a las palabras del Pastor, que han brotado en estos días desde los más variados sectores, serían vanas si no se tradujeran en hechos.

Hay en el hombre una tendencia natural a justificarse a si mismo. Ella nos lleva, muchas veces inconscientemente, a buscar en la palabra autorizada del Pontífice un respaldo a nuestros propias opiniones y conductas. Destacamos lo que nos parece convenir a nuestras posiciones, y cerramos los oídos al entendimiento de lo demás.

No han faltado, en estos días, quienes han caído en la tentación de invocar las expresiones del Papa como un aval a sus conductas o, aún, de interpretar el sentido de sus alucuciones o de intentar definir cuál es su pensamiento.

No es ese el camino adecuado para que germine y fructifique en nuestra Patria la semilla sembrada por el Vicario de Cristo. El hálito de alegría y esperanza que nos trajo el Santo Padre se desvanecerá en una nueva y más dramática decepción, si no somos capaces de asumir la responsabilidad de cultivar esa semilla en nosotros mismos, haciendo cuanto esté a nuestro alcance -cada uno desde el lugar o situación en que se encuentre- para impulsar su desarrollo.

Esto nos exige empezar por cuestionarnos a nosotros mismos y revisar nuestros criterios y actitudes, a la luz de las verdades y principios proclamados por Juan Pablo. Sus palabras, aunque no descendieran al enjuiciamiento de situaciones particulares, son claras e inequívocas; no necesitan ser interpretadas para saber lo que quieren decir. Ellas nos imponen a todos -religiosos y laicos, gobernantes y gobernados, trabajadores y empresarios, jóvenes y viejos, ricos y pobres-, especialmente a quienes detentan mayor responsabilidad social, el deber ineludible de hacernos un severo examen de conciencia para aclarar hasta qué punto estamos siendo fieles a esas verdades y principios y cuáles son las rectificaciones que ellas requieren de cada uno de nosotros.

"Hay verdadera reconciliación entre los hijos de un mismo pueblo -dijo el Papa en el Parque O'Higgins- cuando con el aporte de un diálogo abierto y sincero desaparecen prejuicios y recelos, cuando hombre y mujeres -limpios de corazón- se esfuerzan en sentir, hablar y actuar como artesanos de paz". Y al despedirse, en Antofagasta, elevó su oración a Dios para que corrobore en cada uno de nosotros "el firme deseo de afrontar los problemas que nos aquejan con ánimo sereno y positivo, con voluntad de encontrar soluciones por el camino del diálogo, de la concordia, de la solidaridad, de la justicia, de la reconciliación y del perdón".

Para lograr la reconciliación nacional, superando las escandalosas divisiones que separan a los chilenos y quiebran la unidad nacional, es preciso -en consecuencia- superar prejuicios y recelos, empezando por reconocer en todos nuestros compatriotas, no "a enemigos que hay que combatir", sino "a hermanos, hijos del mismo Padre". Reemplazada, así, la lógica de la guerra por la lógica de la paz, es imprescindible buscar con el corazón limpio, de buena fe -sin malicia ni ánimo de sacar ventajas- caminos de entendimiento y recíproca comprensión. El método para ello es el diálogo respetuoso y franco, en el que cada cual afirma sus razones procurando, al mismo tiempo, comprender a su interlocutor, poniéndose en su caso, y en que ambos se esfuerzan en profundizar las concordancias y no las diferencias.

Se requiere, además, voluntad de perdón. No hay reconciliación posible si conservamos en nuestro corazón el encono, generador del odio, contra quienes nos ofendieron. Pero el perdón no brota espontáneo del alma de los que sufren sintiéndose víctimas de atropellos, vejámenes, injusticias o humillaciones. Hay que buscarlo mediante gestos de quienes hayan podido ofender a sus hermanos.

Se requiere, asimismo, voluntad de justicia y espíritu de solidaridad. Que busquemos soluciones sobre la base de reconocer a cada uno lo que por su dignidad de persona le corresponde y de entender que nadie puede constuir su bien sobre el mal de los demás, porque todos tenemos un destino común, que es el de Chile.

Estas son algunas de las exigencias de la reconciliación nacional.